

GFS-193-E

La gaviota
(mecnografiado)



Algo más que una SINOPSIS y mucho menos que el DESARROLLO
de un futuro guón de LA GAVIOTA.

CARLOS MANUEL FERNANDEZ-SHAW

-Borrasca. Mar encrespado frente a una costa del sur de España. Rocas y peñascos, entre los cuales se deshacen las olas en espumas. Raudas gaviotas sobre el mar y sobre la costa, que dibujan anchos círculos con sus vuelos.

-Una barca grande que lucha con la borrasca. Parece que las aves marinas la escoltan. Rápida visión del interior de la barca a punto de zozobrar. Una niña niña de unos once años, aferrada a las piernas de su padre: vigoroso marino ya cincuentón, que lucha denodadamente contra la furia de mar, que le vence.

-Un terrible golpe de mar, que levanta en alto la barca...

Un trozo escarpado de costa. Trabajosamente pone pie en tierra firme el marino de la barca, a cuyas espaldas se salva también la niña.

-Sobre la playa próxima, destrozada y boca abajo, yace la barca de los naufragos. Sobre ella aletea, orgullosa, como secándose sus alas, una gaviota.

-Apenas han caminado padre e hija entre peñascos y lodazales, aparece entre ellos la figura alta y seca de "un señor de edad", - vestido medio de militar, medio de paisano, - que se dispone a socorrerles. Es Don Modesto Guerrero, el Comandante del inmediato Fuerte de San Cristobal; de un fuerte medio derruido, del que sólo queda en pie, frente al mar, el esqueleto; o sea, algunos murallones y una torre.

-El Comandante, único ser viviente de la abandonada fortaleza, conduce a los naufragos a un rincón interior de las murallas, donde puedan guarecerse. Y se desprende del capote de campo que le abriga, para arrojar con él a la pareja, que no tarda en quedar dormida.

-El Comandante mira sonriente el cuadro que forman padre e hija dormidos.

-El mismo Don Modesto, - envejecido en siete años más de edad, - mira con la misma sonrisa el grupo del marino y la chica. Pero el lugar es otro y la apariencia de estos dos personajes muy distinta.

-El lugar es el interior de la vivienda que ha improvisado el marino en uno desniveles de la costa próximos al fuerte. El techo de las tres habi-

taciones que en dos planos distintos se han formado, se apoya en una ~~XXXXXX~~ roca y en varios palos y otros despojos de la arboladura de la embarcación que naufragó. Bajo él se han acondicionado tres modestas habitaciones: una pieza abajo, que sirve de sala, cocina, establo y gallinero, y dos cuartitos: uno, para la muchacha, - ya de 17 años, - y otro para el padre, endonde éste reúne un modesto ajuar y unos aparejos de pescador. Sentado en una silla se halla el marino. A sus pies, remendando unas redes, está su hija. Como antes decimos, el Comandante sonríe ante ellos.

-De la conversación se han de deducir varias cosas: que el lugar de la acción es una playa es una playa del condado de Niebla en la provincia de Huelva; que los naufragos son el marino catalán Pedro Santaló y su hija María (o "la Mariona"); que, en principio, el señor Pedro intentó regresar a su tierra, pero que, ~~fué~~ acogido por las gentes hospitalarias del vecino pueblo de Villamar con gran cariño, convirtió en industria sus cualidades de pescador; y de la pesca viven desde entonces Santaló y su hija; que el Comandante es un ser solitario, sin soldados que mandar, en un Fuerte que se cae de viejo...y que también vive poco menos que de la caridad en el mismo pueblo.

-Elementos plásticos de esta conversación son (aparte de varios detalles de la rústica vivienda): la barca del pescador que, pintada y arreglada, se balancea en la playa acariciada por el sol; varios aspectos del destrozado Fuerte, y el propio ~~XXXXXXXX~~ exterior de la vivienda del marino, cuando éste y el Comandante salen, terminando su breve charla.

-De este final de conversación se deduce que en ésta, como en anteriores ocasiones, el agradecido Santaló obsequia al Comandante con productos de su pesca. El pez que ahora le regala, envuelto en unas hojas de coles, lo cuelga Don Modesto del extremo de su bastón, que pone sobre el hombro.

-En la despedida vemos que a la chiquilla, - que sale también a decir adiós al Comandante, - no la llaman los del pueblo Mariona, - como su padre, - ni siquiera María, sino "Marisalada", porque indudablemente éste es el efecto que en el lugar produce.

- Y mientras que el Comandante se pierde vista, camino del pueblo, Marisalada corre hacia la costa y trepa por una roca, en cuyo remate lanza a los aires la maravilla de su voz, entonando una canción aprendida en su infancia catalana.
- A veces, durante su canto, alza Marisalada los brazos y flexiona las piernas, dando el rostro frente al mar, en tanto que la brisa juega con sus cabellos.
- "¡Calla ya, Gaviota! ¿Que pereces una gaviota," se oye decir en lugar próximo. Efectivamente, sentado al pie de una peña, un poco más allá, se halla un muchacho de unos catorce años, feo, - aunque con cara graciosa, - y de aspecto campesino.
- La muchacha interrumpe su canción, le mira despectivamente y salta a otra roca, endonde continúa cantando.
- El chico, mientras, se levanta perezosamente y monta en una borrica, en la que se aleja de la playa. Y el que parece que vá alejándose es el canto de Marisalada.
- Vemos ahora al Comandante Guerrero adentrarse por las calles, - de casas bajas y encañadas, - del pueblo. Todos le saludan con respeto y cariño.
- Llega a una casa, entra en ella y es recibido por una señora modesta, vestida de luto, que aún no se ha quitado el manto con que acaba de llegar de la Iglesia.
- Rosa (que tal es el nombre de la señora) plantea a Don Modesto Guerrero una cuestión que afecta al buen nombre de ambos. Desde que aquél es Comandante del Fuerte viene viviendo, con la complacencia de todos, en aquella casa. Pero la familia entonces se componía de su madre, - viuda del sacristán del pueblo, - y de ella. Ahora, fallecida la señora Rosa, su hija Rosita considera que es menester separarse para no dar pábulo a las malas lenguas. La declaración ingénua de la castísima Rosita encierra la gracia por arrobos si se tiene en cuenta que ella no es ninguna niña, que es fea con ganas, que tiene un ojo con el párpado caído...y que el Comandante está a punto de frisar en los setenta.
- El Comandante, que jamás ha podido sospechar que esa vida de ambos bajo el mismo techo pudiera dar origen a murmuraciones de ninguna clase, comienza por asombrarse; pero termina por convencer a Rosita de que hable con

el párroco, y él se someterá a lo que el cura aconseje.

-El muchacho de 14 años, montado en la borrica, llega ante la puerta de un abandonado convento. Allí, en sillas bajas, hacen calosta su abuela "la tía María" y su madre, Dolores.

- "¿Dónde has estao, Momo?" pregunta la abuela al chico. "Perdiendo el tiempo; como si lo viera".

- "¿Perdiendo el tiempo?", repite el chico mientras que perezosamente desabalga. "Matando el tiempo, que es peor: oyendo las coplas de esa desgraciada; que es una orgullosa y nada más que una orgullosa."

- "Y a tí, ¿qué?" dice Dolores, mientras que toma la burra del ronzal para llevarla a su cuadra. Y agrega: "Marisalada te tiene trastornado el juicio; y es muy mujer para tí."

- "Más valdría, - añade la abuela, suspendiendo por un momento su labor, - que fueses a echar una manita al Hermano Gabriel, que está solo en la huerta".

- En efecto, convertido en hortelano vemos, afanoso, al Hermano Gabriel, grotescamente "vestido con pantalón y helgada chupa de sayal, hechos al parecer de un hábito de fraile". Calza sandalias y cubre su luciente calva con un gorro negro de lana. Es un anciano de no muy alta estatura y de faz apacible. Momo llega junto al Hermano.

- Detrás de Momo ha llegado su abuela, que dice dirigiéndose al exfrailecito: "Hermano Gabriel: no hay más disculpas. Es preciso que el niño aprenda a ser hortelano".

- Y el Hermano Gabriel, como un eco de la tía María, repite convencido, dirigiéndose a Momo: "Es preciso que aprendas a ser hortelano".

- Momo, con cara pícaro, se agacha, coge un hermoso tomate que ^{acaba} ~~vaya~~ de sacar el fraile de la tierra y le dá tal bocado que casi, con su jugo, se salpica y ensucia toda la cara.

- La tía María agrega sentenciosa: "Y en los ratos perdidos, hay que enjabelgar". El Hermano, convencido, repite: "Hay que enjabelgar". Y mira con sus dulces ojos la mole medio derruida del Convento, que desde el huerto se ofrece en su conjunto.

- Vemos ahora un trozo de una dehesa del Sur de España, invadida por altos matorrales, maleza espesa y árboles matidionales, entre los que se adi-

vina, más que otra cosa, una estrecha senda. Por ella camina, con expresión de no saber a punto fijo adónde vá, un hombre de unos 26 años, que parece muy fatigado.

-Su estatura es corriente; su pelo, despeinado, rubio; sus ojos, azules. Viste una especie de levita militar abotonada hasta el cuello, y se toca con una mala gorra de visera. Lleva al hombro un palo grueso del que penden: una cajita de caoba cubierta con bayeta verde y un paquete de libros atados con tiras de orillo. Además lleva un pañuelo, - que envuelve algunas piezas de ropa blanca, - y una gran capa enrollada.

-Este pequeño equipaje es superior a las fuerzas del caminante. Por lo cual, cuando advierte una piedra grande junto al sendero, se sienta en ella, descargando aquél. A sus pies se acomoda, lamiendo sus manos, un gran perro, como de pastor, - con collar de púas, - que parece también fatigado.

- "¡Pobre Treu!" (Trov), exclama el viajero acariciando al animal. "¡Heroico Treu! También tú te has cansado; también mereces un poco de descanso. ¡Animo, Treu!" Y sacando de sus bolsillos algunos mendrugos de pan, se los dá al perro, que ávidamente los come.

-La luz, más suave, nos indica que el día marcha hacia su ocaso. El viajero, sacando nuevas fuerzas, reanuda su marcha al través de la dehesa, en unión de su fiel compañero. - "¡Vamos, Treu! Worwarts!" (¡Adelante!)

-Ambos ascienden por una pendiente, que conduce a lo alto de una loma. Desde esta altura mira ávidamente el caminante. No se ve el menor vestigio de habitación humana; únicamente, la dehesa sin fin, - desierto verde y uniforme, - y, allá lejos, el mar. La comprobación de éste último pone una sonrisa de esperanza en el rostro del andariego.

- "¡El mar! ¡El mar, Treu! Un poco más de ánimo. ¡Dios no me abandonará!"

-Atraviesan amo y oriado una gran mancha de lentiscoos; y, al salir de unos matorrales se queda el hombre como petrificado. Frente a él, fijando en él sus feroces ojos, se halla un gran toro, también inmóvil.

-El viajero no se mueve; pero su rostro palidece visiblemente. El toro, impaciente, escarba la tierra por dos veces y se prepara a la embestida.

-Cara de angustia del viajero, sin árbol próximo ni defensa posible.

-En el momento en que el toro vá a arrancar, vemos al perro, que le muerde

furiosamente en los corvejones. El animal se revuelve para repeler el ataque. El hombre huye entonces velozmente entre carrascas y lentiscos, perdiendo parte de su equipaje.

- Rápidos momentos de la lucha de los dos animales, hasta que el toro logra empitonar al perro, corneándole luego horribilmente.
- El viajero, de nuevo en lo alto de la loma, protegido por unos matorrales, observa cómo el toro corre en dirección contraria y cómo el noble perro yace exánime en el suelo, después de haberle salvado la vida.
- «¡Mi único amigo! ¡Qué caro has pagado el amor que me tenías!». De los grandes ojos azules del viajero se desprenden dos lágrimas de emocionada gratitud.
- Unas manos templorosas que terminan de llenar de tierra un hoyo abierto en el suelo. Sobre la tierra vemos el collar del perro.
- Las mismas manos que recogen el collar. Luego, van rescatando también varios objetos del equipaje desperdigado.
- Unos pies,, - los del viajero,- que penosamente siguen caminando. De pronto, se paran. Ya es casi de noche.
- El rostro del hombre vuelve a mostrar esperanza. Sus ojos ven la mancha del abandonado convento donde viven la tía María y su familia.
- Hacia él se dirige ahora el caminante.
- Ante la entrada, ya conocida, del convento llega cuando ya es de noche; pero no le restan fuerzas ni para llamar; y cae en un banco de piedra pegado a la pared, cerca de la puerta.
- A poco, abre los ojos; mira en torno suyo y ve en el centro de la plazoleta una cruz de mármol con pedestal medio destruido. Sonríe; se incorpora, encamina se ~~incorpora~~ con gran dificultad hacia la puerta y la golpea con una piedra. Hace otro esfuerzo para repetir la llamada y cae desmayado al suelo.
- La puerta se abre y aparecen en el hueco la tía María y su hija Dolores. Esta, con un candil en la mano, que enfoca hacia el cuerpo que tiene a sus pies, exclama: -"¡Jesús María! No es Manuel: es un desconocido. ¡Y está muerto! ¡Dios nos asista!"

-La tía María éntrase por el zaguán del convento, iluminado por un suave resplándor de luna, y grita: -"¡Hermano Gabrile! ¡Hermano Gabriel! Venga pronto. Aquí hay un infeliz que se está muriendo."

-Llega precipitado, desde el interior, el Hermano Gabriel. Sin detenerse se dirige a auxiliar al accidentado, cuyos pulsos comprueba y cuyo pecho ausculta. En tanto, la tía María dice: -"Es preciso socorrer a este hombre". Y el Hermano repite: -"Es preciso socorrerlo, sí señora" Ella pregunta: -"¿Está grave" -"Creo que no". -"Vamos a entrarlo dentro".

-En este momento, Dolores, escandalizada, se dirige a la tía María. -"Pero, qué vá usted a hacer? ¿Entrar a un cualquiera sin permiso de mi marido?"

-La anciana se arrodilla, incorpora al viajero e intenta levantarlo por debajo de los brazos. Lo cual no obsta para que conteste a su hija: "Lo entro en casa y lo pongo en mi propia cama si hace falta. ¿Por qué no?"

-"Pero, - insiste Dolores, - ¿qué dirá Manuel cuando venga?" Y la tía María: -"Manuel es hijo mío. ¡No faltaba más sino que ~~mi~~ un hijo mío tuviese que discutir lo que su madre dispone!"

-Entre las dos mujeres y el Hermano Gabriel entran el desmayado cuerpo del desconocido en una habitación muy limpia y muy modesta: es la celda del Hermano. La tía María comenta: -"Mejor hubiera estado en mi cama; pero ya que usted se empeña..."

-Dolores arregla y airea el jergón, la tía María trae unas sábanas limpias y una manta, y el Hermano sostiene, arrodillado, la exánime cabeza del viajero.

-Rápido momento en que se ve a éste cómodamente instalado en el lecho y aparentemente dormido. Momo entra receloso en la celda, mirando con cara de sueño y de curiosidad al enfermo.

-A la puerta del convento llega, en un caballo, un hombre de unos 40 años, de fisonomía abierta y simpática: es Manuel, el hijo de la tía María y padre de Momo.

-Entra en el zaguán y acuden a recibirle su madre, su mujer y su hijo. Manuel, que ha descabalgado en la misma entrada, entrega el caballo a Momo, que se lo lleva a la cuadra. *X jabón y almidón*

-En el zaguán, abrazos y caras muy sonrientes de las mujeres. Estas le acosan a preguntas. -"Me traes el jabón y el almidón?", dice la esposa.

marido,

- "Aquí viene", responde el ~~hijo~~ señalando unas alforjas que con él ^{nas} ~~traía~~ traía. - "¿Y mi lino?", pregunta la madre. - "Gané ~~de~~ ^{de} no traer- ~~lo~~ lo", contesta Manuel, sacando unas madejas que entrega a la tía ~~María~~ María. Y ésta insiste: "¿Y por qué, hijo?"

- Mientras que habla Manuel, vá sacando las demás cosas que traía en las alforjas. Unas las entrega a las mujeres y otras las coloca en diferentes partes del zaguán. - "Es que me acobardaba, - dice, - de aquél que iba a la feria, y a quien daban encargos todos los vecinos. "Tráeme un sombrero; tráeme un par de polainas"... Una prima quería un peine, ~~una~~ una tía, chocolate; y a todo ésto, nadie le daba un cuarto. Cuando estaba ya montando en la mula, llegó un chiquillo y le dijo: "Aquí tengo dos cuartos para un pito: ¿me lo quiere usted traer?" Y diciendo y haciendo, le puso las monedas en la mano. El hombre se inclinó, tomó el dinero y le respondió: - ~~¡No!~~ "Tú pitarás". Y en efecto: volvió de la feria y, de todos los encargos, no trajo más que el pito".

- La tía María, sentada en una silla, no ha dejado de sonreír, pícara, durante el chascarrillo del hijo. - "Pues ¡está bueno!", exclama al terminar Manuel. "Dime para quién me paso yo hilando los días y las noches. ¿No es para tí y para tus hijos? ¿Quieres que sea como el sastre del Campillo, que cosía de balde y ponía el hilo?"

- Vuelve Momo y, con gesto de malicia, dice: - "Padre: en el cuarto del Hermano Gabriel hay un hombre acostado".

- Manuel, que se había sentado en una silla, se pone de pie, extrañado. - "¿Un hombre en mi casa? Dolores, ¿qué es ésto?"

- Dolores pone cara de circunstancias. - "Un pobre enfermo. Tu madre ha querido recogerlo. Yo me opuse; pero su merced quiso". Un poco violento Manuel contesta: - "¡Aunque sea mi madre! No se ha de meter en casa al prójimo que se presente".

- La tía María, segura de sí misma, se planta entonces en medio del matrimonio y se encara con su hijo. - "¡No! Hay que dejarle morir en la puerta, como si fuera un perro". - "Pero, ¿ésto es un Hospital?", insiste el hijo. - "Pero, ¿eres tú cristiano?", insiste la madre.

- Manuel sonríe, por no querer discutir con su madre; se encoge de hombros y

vá a salir del zaguán. Pero vuélvese de pronto, asaltado por una sospecha: -"¿Y si es un ladrón?". A lo cual, la tía María contesta rápida: -"El que se está muriendo, no roba".

-En la boca de Manuel brota una risa franca y simpática. -"¡Vaya, madre! Hágase cuenta de que no he dicho nada. Las mujeres se han de salir siempre con la suya". Y, mientras que Manuel se va ahora del zaguán, las dos mujeres le siguen con sus miradas de cariño, guiñan luego los ojos, y Dolores subraya: -"¡Qué bueno es!"

-La tía María, en cambio, se dirige a Momo, que había quedado en segundo término; -"Y aprende tú, niño, a no tener tan malas entrañas".

-El Hermano Gabriel, a la cabecera del enfermo, que sigue como aletargado. Una lamparilla encendida, puesta sobre una mesa de pino, ilumina sus caras. De puntillas, llegan a la celda Manuel y las dos mujeres, miran con interés el cuadro y desaparecen.

-Al día siguiente, por la mañana, el Hermano alimenta con un pistero al desconocido, que aún no dá señales de haber recobrado el conocimiento.

-La tía María llega y habla aparte con el Hermano Gabriel, a quien atrae cerca de la ventana. Y le pregunta: -"¿Qué casta de pájaro cree usted que será nuestro enfermo? ¿Militar?"

-"Bien puede ser que sea militar", responde maquinalmente el Hermano. Pero la anciana mueve negativamente la cabeza: -"No puede ser. Si fuese militar, tendría armas; y no las tiene. Es verdad que en el levitín, al doblarlo, encontré algo que me pareció una pistola; pero no era pistola sino flauta. Luego no es militar."

-El frailecito meneaba también la cabeza: -"No es militar". Entonces, con cara pícara, insinúa la vieja: -"¿Y... si fuese un contrabandista?" Al lego se le nubla la cara; mira al enfermo y, con acento grave, apunta: -"Puede ser que sea un contrabandista".

-La tía María se levanta, sin convencer: -"Quítese eso de la cabeza, hombre de Dios. Para hacer el contrabando es preciso tener géneros o dineros; y éste no tiene ni lo uno ni lo otro". -"Entonces, ^{-murmura,} ~~wwwwww~~ rectificándose, el Hermano, - no es contrabandista".

-En un rincón de la celda ha quedado el paquete de libros del viajero. La anciana fija en ellos los ojos, y ordena al frailecito: -"Lea usted

- los títulos de esos libretos. Así sabremos sus aficiones y quizás su oficio". El Hermano se levanta, toma sus espejuelos engarzados en cuero, los coloca sobre la nariz y desata el paquete de libros. La tía María, con gran curiosidad, espera el dictámen del religioso. Y éste ~~está~~ dice, perplejo: -"No conozco estas letras. Me parece que es hebreo".
- Se horroriza la buena mujer: -"¡Virgen Santa! ¡Hebreo! ¡Si será ~~judío~~ judío?" Y, ni corta ni perezosa, avanza hacia el enfermo y examina sus facciones, finas y equilibradas.
- Cuando más cerca está del rostro del viajero la anciana, abre aquél los ojos y, con voz débil, pregunta: -Goth wo bin ich? (¡Dios mío! ¿Dónde estoy?) La tía María se pone, de un salto, en medio del cuarto. El Hermano deja caer los libros y se queda hecho una piedra. La anciana se acerca y le pregunta en voz baja: -"¿Qué ha hablado?" El Hermano, con mucho misterio: -"Debe de ser hebreo, como sus libros. Quizá será un judío".
- Cara de cómico terror de ambos. -"¡Dios nos agista!", exclama la anciana. Sin embargo, pronto reacciona y agarra al lego por una manga: -"Pero, no. Si fuera judío... ¡le habríamos visto el rabo cuando le desnudamos!" El Hermano pone ahora rostro grave: -"Esas son patrañas, tía María. Decía el Prior, y a mí no se me olvidan las palabras de mi Prior, que los judíos no tienen tal cosa... Eso es el demonio".
- Ambos van acercándose poco a poco, otra vez, a la cama. -"Pues, si no es judío, - insiste la anciana, - será un moro o un turco, de esos que naufragan por estas costas". A lo que el Hermano, con ingenua convicción, agrega: -"¡Un pirata de Marruecos!" -"¡Jesús maría!" Tiene la tía María un impulso de huir; pero reacciona en seguida y, con seguridad, añade: -"¡No importa! ¡Socorrámosle!" El lego repite: -"¡Socorrámosle, aunque sea moro o judío!" Y los dos se aproximan decididos a la cama.
- El desconocido, mientras tanto, se ha incorporado, ~~se~~ y mira con extrañeza cuanto le rodea. El Hermano advierte en voz baja a la anciana: -"Aunque no nos entienda, habrá que preguntarle". Entonces, los dos a un tiempo, le interrogan a gritos: -"¿Quiere usted caldo?" "¿Quiere usted limonada?"

- El enfermo, con voz débil, responde con otras interrogaciones: -¿Pueden decirme endonde estoy? ¿Quiénes son ustedes?"
- Alegre cara de la anciana, que se apresura a contestar, confianzuda: "-El señor es el Hermano Gabriel y yo soy la tía María, para lo que usted quiera mandar".
- El desconocido, comprendiendo algo de lo que le ha pasado, exclama: "-¡Ah! El santo Arcángel y la bendita Virgen, cuyos nombres llevais, aquella que es la salud de los enfermos, la consoladora de los afligidos y el socorro de los cristianos, os paguen el bien que habéis hecho".
- La tía María, con una mezola indefinible de alegría y emoción, casi se abraza al Hermano y le dice: "-Habla español, y es cristiano... ¡y sabe letanías!" Después, llena de júbilo, se arroja sobre el enfermo y le estampa un beso en la frente.
- El Hermano sale corriendo, y en el zaguán se encuentra con Dolores, a la que participa alborozado: "-¡Es cristiano y habla español!" La tía María sale detrás con cara iluminada por la emoción. Y las dos mujeres se dan un abrazo.
- Otra vez ante el enfermo. Este acaba de tomarse una taza de caldo que le ha dado la anciana. A los pies de la cama miran, intrigados e impacientes, Dolores y el Hermano. La anciana le dice: "-Este caldo resucita a un..." Se detiene agustada de lo que iba a decir.
- El enfermo es el que termina la frase: "A un muerto. Eso era yo... Y ahora soy un resucitado, gracias a ustedes".
- Recoge la taza la tía María, entregándosela a su nuera. Y, en seguida, espeta al enfermo la pregunta que ya se le está pudriendo dentro: "-Y, a todo ésto, ¿quiénes es usted? ¿Y cómo ha venido a parar, muriéndose, a este despoblado?"
- El desconocido, incorporado en el lecho y acomodado en varias almohadas que le procura el Hermano Gabriel, contesta: "-Me llamo Fritz Stein y soy cirujano. He estado en la guerra de Navarra y volvía por Extremadura para buscar un puerto donde embarcarme para Cádiz, y de allí a mi tierra, que es Alemania.
- Los ojos asombrados de las dos mujeres denotan que apenas si entienden.

Unicamente el Hermano Gabriel sigue con creciente atención el incipiente relato. El enfermo sigue hablando: -"Perdí el camino, y he estado mucho tiempo dando rodeos hasta que por fin llegué aquí extenuado."

-La tía María, preocupada por las primeras palabras del viajero, vuelve a preguntarle: -¿Y dice usted que es..?" El Hermano Gabriel se adelanta a responder: -"Claramente lo ha dicho: cirujano, médico..." Los ojos graciosos de la anciana denotan que ya ha comprendido: -"¡Ah! ¡Ya! ¡Gu-ralotodo! Eso me gusta." Y luego, con mohín apicarado: -"Por aquí también les llaman "matasanos".

-Dolores, a su vez, delata lo que mayor efecto le ha causado: -¿Y ha estado usted en la guerra de Navarra? ¿De qué partido era usted: de Don Carlos o de los otros?" Stein responde con sencillez: -"Servía en las tropas de la Reina". Entonces la anciana se vuelve rápida al Hermano y le dice en voz baja: -"No es de los buenos". Y el Hermano repite convencido: -"No es de los buenos".

-Pero yo,- insiste el enfermo,- ¿dónde estoy?". Las dos mujeres y el lego se disponen a satisfacer su interés. El Hermano comienza: -"Está usted en un convento... ¡que ya no es convento! Es un cuerpo sin alma". Dolores sigue: -"Ya no le quedan más que las paredes, la cruz blanca y fray Gabriel". La anciana toma la vez: -"Todo lo demás se lo llevaron los otros. Cuando ya no quedó nada que sacar, unos señores, que se llaman "el crédito público", buscaron un hombre de bien para guardar el convento; es decir, la caparazón...Y llamaron a mi hijo."

-El Hermano, con melancolía, agrega: -"Los Padres se fueron..." La anciana: -"Todos los frailecitos buenos se fueron, menos uno. Fray Gabriel lloraba al pie de la cruz; no sabía adonde ir; nunca había salido de aquí..." Y Dolores termina: -"¡Y se quedó con nosotros!"

-En los ojos de Fray Gabriel asoman las lágrimas. La anciana agrega: -"Donde comíamos siete, comemos ocho".

-El zaguán del convento, donde está reunida la familia de Manuel: la anciana, el matrimonio, Momo, tres niños pequeños...y el Hermano. Se comenta la resurrección del enfermo. Habla el Hermano, que informa a Manuel: -"Es médico alemán y buen cristiano. Quiere volver a su tierra". La tía María puntualiza: -"¡Un desgraciado!"

- Se oyen los ecos de un pregón. La anciana se levanta rápidamente y dice: "¡Loade sea Dios! Tenemos pesca!" Y se dirige hacia afuera, abandonando la mesa. Manuel la llama: "¡Pero, madre!..."
- Ha salido la anciana a la plazuela y se queda como embobada viendo a Marisalada, que pregona su mercancía, recién sacada de los mares. Ma mu-
chaca, guapa y jacarandosa, canta con todo el garbo del pueblo andaluz.
- En el zaguán, Manuel comenta: "¡Qué chiquilla! Nadie diría que es de Sabadell". Dolores: "Pero son siete años en nuestra tierra, Manuel". Y él subraya: "¡Es mucha tierra!"
- Ha cesado el pregón. Por la puerta vuelve la tía María, tirando de la chiquilla, que se resiste a entrar. La vieja busca un plato y lo llena de pescaditos, que vá sacando de la cesta que traía Marisalada.
- Manuel, sin levantarse, es el primero en piropear a la chica: "Tienes garganta de oro, niña. Un nido de ruiseñores tienes en ella". Ella no se inmuta y responde satisfecha: "¡Pamplinas! Yo no sé cantar". Entonces, Momo, con su malicia característica, apunta: "Tú lo has dicho. Eso no es cantar: es gritar".
- La tía María dá un manotazo a su nieta, tapándole la boca: "Y lo que tú haces es rebuznar, ¡berrico!" Dolores interviene entonces: "Repíte el pregón, graciosa". Momo, impertérrito: "¡Uy! ¡Gracias!..."
- Marisalada, sin hacerle caso, se hace la ruborosa: "No sé si me saldrá". Momo, rápido: "¡Si es que no lo sabes!" A lo cual, la chica, con decisión, responde: "¿Que no sé? ¡Van ustedes a ver si sé o no sé!" Y vuelve a cantar el pregón, dándole ahora nuevos giros graciosos, que emboban a todos. Cuando, después de los últimos trinos, parece que vá a terminar el canto, óyense las modulaciones dulcísimas de una flauta, a tono con la voz de la chiquilla. Esta suspende su canto, extrañada. La flauta sigue. Todos se maravillan.
- En la celda del Hermano, vemos a Stein, sentado en su cama, tocando gozosamente su flauta.
- Fray Gabriel aparece en la celda y comprueba con satisfacción que el flautista es el alemán..
- Otra vez el zaguán, donde el Hermano confirman lo que todos suponían. Las

notas de la flauta son ahora subrayadas por las notas de Marisalada. Y con este dúo de garganta y flauta, - que no se ven, - termina el ~~su~~ número. *Seu 1 p. 10*

- "Es un alemán, que tenemos dentro", - dice con suficiencia Momo; - "¿Quiéres ~~KENNEDY~~ que te lo enseñe?" Marisalada contesta en seguida: - "¡No! Y luego: - "¿Un alemán? ¿Qué es eso?" Momo, intentando tirar de la muchacha para adentro: - "Un tío con una barba así... Ven, mujer..."

- "¿Yo?..." Y Marisalada echa a correr, como alma que lleva el diablo, con su cesta al brazo, camino del pueblo.

~~NWN~~-Momo ríe exageradamente, diciendo: - "Es una gaviota. ¡Una gaviota! ¡Nada más que eso!"

- Otra vez ~~la~~ estancia, blanca y encalada, ya conocida, donde vive el Comandante, en casa de Doña Rosita. Entra ésta con un pescado grande en un plato. Y dice; - "Esto le trae la chica de Santaló. Ha habido buena pesca". Don Modesto, emocionado, exclama: - "No nos abandona Dios". Doña Rosita se sienta al otro lado de la mesa a la que está sentado, escribiendo, el Comandante: - "Ni usted se merece otra cosa ~~que~~ que es el "saca-apuros" del pueblo. ¿Qué hace usted ahora?" Don Modesto mostrando un pliego: - "Escribir la carta que la panadera quiere enviar a su hijo".

- "¿Lo ve? ¿Qué sería de todos sin los servicios de usted?" A lo que el Comandante responde, señalando un aparador donde se ven frutas, quesos y otros manjares: - "¿Y qué sería de mí sin los ^{auxilios} ~~servicios~~ del pueblo?" Como fondo de esta breve escena, vuelve a oírse, lejano, el pregón de Marisalada, que se supone va por la calles de Villamar.

- Otra vez el zaguán del convento. Stein, convaleciente, sentado en una silla baja, con las piernas envueltas en una manta, juega con un niño de cinco años, hijo del matrimonio, que está de pie junto a él. Stein mantiene en la mano un collar de perro, que el pequeñín pretende atrapar. Y la abuela, que presencia al juego, anima al nieto: - "¡Al aligüí! ¡Al aligüí! ¡Más alto, Anís! ¡Al aligüí! ¡Más alto, Anís!"

- Por fin, el niño consigue coger el collar, cuyos pinchos, que brillan, le deslumbran. El niño ríe, la abuela ríe. Y ríen los demás espectadores de la escena, que son: Dolores, Manuel, las dos niñas y Momo.

- Stein, de pronto, se asusta, creyendo que el pequeño puede hacerse daño. Y

dice: -"¡Ehe! ¡Cuidado! No se vaya a pinchar..." La madre entonces echa de am quitar el objeto peligroso a su hijo: -"Pues, ¿qué es?" A lo que contesta el convaleciente: -"El collar del perro de un pastor". Y su rostro, antes alegre, se vela de repente por una nube de tristeza.

- "¿Qué le pasa?", -pregunta Manuel. - "¿Tiene su historia el collar?" Con sencillez, pero con firmeza, repone el alemán: -"Tiene su historia. Este collar era de un perro que perdió la vida por salvarme." Brevemente, mientras que en la pantalla se reproduce en escasos segundos la escena ya conocida, relata Stein a grandes rasgos su encuentro con el toro y el sacrificio del noble Treu.

-Volvemos al zaguán. El alemán sigue su descripción. -"El pobre animal, -dice al terminar, - pagó con su vida la acción, obligada en mí, de haber salvado yo la suya" Caras de nueva curiosidad en los circunstantes. Y les obligados ruegos: -"Cuente usted, señor médico. Cuéntenos usted".

-En lo sucesivo, mientras que Stein vá contando, se van reproduciendo gráficamente los distintos episodios que narra. Stein dice así: -"Yo servía en la guerra de Navarra, ya lo saben ustedes. Mis padres vivían en una pequeña aldea de Sajonia; yo me hice médico en la capital, pero no tenía trabajo; y, al saber mi padre que en España había guerra me dijo un día: "Anda a Navarra, que allí habrá muchos heridos y podrás ser bastante útil". En los campos de batalla navarros trabajé mucho; todo lo que pude. Pero la guerra es mala: desarrolla los malos instintos. Jamás olvidaré el día en que conocí al noble perro dueño de este collar: estaba el animalito a los pies de su amo, un anciano pastor que iba a ser fusilado por no haber querido ser traidor. Estaba el viejo de rodillas, y en vano procuraba alejar el perro de su lado. Sonó la descarga, y el animal, - amigo fiel del desventurado, - cayó herido junto al cuerpo sin vida de su amo. Yo le recogí, curé sus heridas, y desde entonces no me había abandonado".

-Durante el relato, se habrá visto en varias ocasiones, alternando con los episodios referidos, a los oyentes de Stein interesados en la dramática historia. Ahora Manuel vuelve a interrogar al alemán: -"¿Le querían mucho en el campamento?" Un gesto doloroso de Stein acompaña a la

respuesta: -"Me llamaban "curaperros". Estuve dos años curando centenares de heridos de bravos muchachos. Pero..."

-Pero, ¿qué?", interrumpe la tía María. -"Pero prescindieron un día de mí, porque..." Se detiene. No se atreve a decir lo que piensa, y sólo exclama: -"Es muy mala la guerra".

-Vuelve a jugar el alemán con el niño. Mas sus oyentes no han quedado satisfechos al no enterarse del por qué de su salida del Ejército. Dolores y la tía María azuzan a Manuel para que le pregunte. Al fin, éste le insinúa: -"Y eso de dejar las tropas... ¿es que se le morían muchos heridos?"

-Mueve Stein la cabeza negativamente. -"No fué por eso, amigo mío. Yo me ví acusado y perseguido sólo por haber curado a un hombre del partido contrario; a un infeliz que, acorralado como una bestia feroz, vino a caer medio moribundo en mis brazos."

-Manuel no puede creer lo que oye. -"¿Y nada más que por eso le echaron a usted del campamento?" Y la tía María sentencia: -"Eso no es tener caridad del prójimo". A lo que Stein pone el comentario suyo: -"¿Será posible que las leyes de la guerra conviertan en un crimen lo que la moral erige en virtud y la religión en deber?"

-Otro día. Por el interior de un patio del convento pasean el Hermano Gabriel y Stein. Este lleva otra vez sus ropas de viaje; pero más arregladas y limpias. Parecen otra cosa.

-Camina ambos entre una doble hilera de cipreses. Y van a entrar en un gran claustro sostenido por columnas de mármol blanco. Junto a la sensación de ruina que todo el convento produce, este claustro parece conservado por milagro. Stein vá conociendo todas estas maravillas del convento; y el Hermano le sirve de guía.

-Cada grieta que Fray Gabriel observa merece de sus labios una exclamación desolada: -"¡Virgen Santísima! ¡Si el Padre Prior viera ésto!..."

-En el centro del claustro hay una fuente con una figura central que representa una de las obras de misericordia. Stein comenta: -"Dar de beber al sediento". Y el Hermano agrega: -"Pero nosotros estábamos sedientos de paz, de caridad, de buenas obras...y nbs echaron". Y, con un gesto un

poco intencionado: -"Como a usted, del Campanero".

-Varios lugares medio derruidos de la vieja Iglesia: un púlpito sin escalera, los restos de un altar, un trozo del retablé... En el retablo, varios angelitos; y, entre los angelitos, verdaderas redes de telarañas. El Hermano se dedica a quitarlas con un gran pañuelo que saca: -"¡Jesús bendito! -dice,- cada angelito tiene un solideo de ellas..."

-Luego, volviéndose al alemán, pregunta Fray Gabriel: -"¿Y el coro? ¿Desea ver el coro?" Gesto afirmativo de Stein. Ambas vuelven a pasar ante nuevas muestras de deterioro del templo. El Hermano, sin dejar de caminar, vá poniendo su comentario: -"¡Qué espectáculo, señor! ¡Qué espectáculo! A la tristeza de todo lo que deja de existir se une aquí el horror que produce todo lo que perece de muerte violenta".

-Han llegado al coro alto, donde apun se ven algunos silbones de madera con buenas tallas en los respaldos. El Hermano se sienta en uno, con cara beatífica. Stein le imita; pero, al levantar la cabeza, sus ojos descubren un pequeño órgano. Su rostro se ilumina. Luego, le asalta una duda y se limita a indicar: -"Estará estropeado, ¿verdad?"

-Rostro inexpresivo del frailecito: -"¿El órgano? No sé. ¡Hace tanto tiempo que nadie lo toca!...

-Stein se levanta, vá al órgano, levanta su tapa, pone sus manos sobre el teclado...y los aires recogen un acorde dulcísimo. -"¡Suenal", exclama gratísimamente sorprendido. -"¡Pues sí que suenal", repite el Hermano maravillado.

-Stein ha seguido pulsando el teclado, ya van sonando las suaves armonías que podían esperarse. El rostro del fraile es todo un poema. Vá del asombro a la alegría y de ésta al júbilo. De pronto, echa a correr y no tarda en encontrarse a la tía María, a Dolores y a otros habitantes del convento, que acuden atraídos por la música inesperada. Como si diese la noticia mejor del mundo, el Hermano exclama: -"¡El órgano suenal! ¡Y él se está inventando todo ésto! ¿Ustedes no conocieron al Padre Miguel? Era un mago...Pues, ¡como el Padre Miguel!"

-Poco a poco, se van acercando todos al coro. Allí, ante el órgano, totalmente abstraído toca Stein una pieza de Schubert o algo parecido. Es música profana, alemana; pero tan dulce que no desentona en el cuadro donde se

- produce. El Hermane, solo en un rincón, emocionado, se limpia una lágrima con la ancha manga de su camisa, - como si fuera de un hábito, - y repite a manera de estribillo: -"¡Si el Padre Prior levantara la cabeza!..."
- Cuando Stein termina de tocar su maravillosa improvisación, toda la población del convento está agrupada tras él, admirando embobada la habilidad del alemán.
- Un inesperado aviso corta la escena de felicitaciones que se había iniciado al cerra Stein el viejo órgano: Ramón, el oficial de la peluquería de la plaza, viene en demanda del médico. A su maestro se le ha presentado un caso de sangría, en un viejo labrador, y éste se encuentra muy grave. El médico del pueblo marchó por la mañana a un lugar ignorado...y el enfermo se muere.
- Mientras que el peluquero refiere estos antecedentes, vá caminando deprisa con Stein entre los claustros ya conocidos. Y, en cuanto Stein llega a su habitación, toma su sombrero y su botiquín y se marcha presuroso.
- Vemos ahora la familia del convento comiendo, como otras veces, en torno a la rústica mesa; pero en ella hay un puesto vacío: el del alemán. -"Mal debe de andar el tío Salvador; porque Don Federico siempre es puntual", dice Manuel. -"Habrá tenido faena en el pueblo", subraya la madre.
- Llega Stein con rostro fatigado, pero satisfecho: -"¡Le hemos salvado!, exclama. -"¡Bendito sea Dios!" Y la tía María se apresura a traer al médico su plato modesto de patatas guisadas.
- Han pasado unos días. Vemos ahora a la propia tía María cabalgando en la borrieca de su casa, que se dirige hacia la costa. En el camino se encuentra con el Comandante. Se detienen cabalgadura y caminante y cambian éste y la tía María unas palabras: -"¿Adonde se vá, abuela?" -"¿Adonde?...¿Y me lo pregunta usted? ¡A ver qué ha pescao el catalán!" Gesto negativo del Comandante: -"¡Hum! Algo le pasa al viejo Santaló. A mí, que tanto me distingue, no me ha contestado hoy ni los buenos días." -"Pues a mí, - repone la vieja echando a andar su cabalgadura, - le vá a costar trabajo no contestarme."
- Ante la vivienda, ya conocida, de Santaló. Se halla éste sentado en un banco rústico a la entrada de la choza; meditabundo y fumando su pipa.
- Llega la tía María, y apenas si el marino la ve. Ella se ríe, baja como puede de la borrieca, la deja paciendo en libertad y, dirigiéndose al banco

rústico, se sienta en él, al lado del propio Santaló, diciéndole: -"Una cosa es que no haya pesca, y otra que no quèra usté tratarse con cristianos. ¡Jesús, qué hombre!" Y se echa a reir confianzuda.

-Pero en la cara poco ~~XXX~~ expresiva del catalán se dibuja una mueca de dolor; y en sus ojos aparecen dos lágrimas.

-La abuela lo advierte y hace una sincerísima transición. -"¡Ay, Virgen mía! ¿Qué le ocurre a usté?" Santaló entonces pronuncia una sola palabra: "Mariona"... Rápida, la tía María traduce: -"¿Marisalada?" El marino mueve la cabeza afirmando; y la anciana vuelve a preguntar: -"¿Se escapó?" Santaló niega y señala hacia el interior: -"Está grave".

-La tía María no quiere oír más y se introduce en el interior de la vivienda. Llega hasta el mísero lecho donde la chica, guapísima, se halla dormida: como amodorrada. Inútilmente, con besos y con mimos, intenta reanimar a la muchacha; pero como no es mujer que se deje ganar por la indecisión, vuelve a salir de la casa, con la misma ligereza y, dando un golpe en el hombro de Santaló, le espeta: -"Dentro de una hora, aquí me tiene usté con el remedio".

-La abuela, valiéndose de unas piedras de la playa, sube a la borrica.

-La abuela, valiéndose de las mismas piedras, baja de la borrica. Claramente se advierte que la abuela ha ido a su casa y ha vuelto de ella. Y, por si no está claro, vemos que, tras la borrica, han venido a la playa, - aunque llegan a pie, un poco retrasados, - el médico alemán, con su bastón, su sombrero y su botiquín, y el arisco Momo, que se hace cargo de la borrica y se queda a su cuidado.

-Al dirigirse a la vivienda de Santaló, el cual no se encuentra ahora ante su casa, - la tía María no puede menos de curiosear la fecundidad, en hortalizas, del navazo construido por el pescador junto a su choza. Y la anciana pone a su curiosidad el debido comentario: -"¡Vaya si está hermoso el navazo del tío Pedro! No parece sino que lo riega con agua bendita~~XXXX~~".

-Entran en la vivienda la tía María y Stein. El viejo Santaló, que se hallaba junto a la lumbre, se levanta y vá, risueño, al encuentro de los recién llegados. -"Tío Pedro, - dice entonces la anciana, - usté se olvida de los amigos; pero ellos no se olvidan de usté. ¿Me quiere usté decir para qué

le dió el Señor la boca? Si antes me hubiese usted dicho que la niña estaba mala, antes hubiese yo venido aquí con el señor, que es un médico de los pocos y que, en un dos por tres, se la vá a poner buena".

-Santaló se adelanta hacia Stein; quiere hablarle; pero de tal suerte está conmovido, que no puede articular palabra; y termina ocultando el rostro para tratar de ~~xxx~~ evadir la congoja que ya le domina.

-"Vamos, tío Pedro,- dice animosa la tía María:- un hombre como usted... ¡tamaño como un templo!".. A lo que el pescador repone, con voz apagada: -"¡Tía María! Con ésta serían cinco hijos enterrados". -"Y, ¿por qué se ha de descorazonar de esta manera? Acuértese del santo de su nombre, que se hundió en la mar cuando le faltó la fé que le sostenía."

-Santaló mueve la cabeza con desconfianza. Y la tía María le dice rápida a Stein: -"¡Qué cabezones son estos catalanes!".

-Han entrado Stein y la anciana en la alcoba donde yace la muchacha. La tía María zarandea a la enferma un poco inutilmente. Puede observarse que la chica abre un ojo para ver quién la importuna, y vuelve a cerrarlo haciéndose la dormida. -"¡Vamos, Marisalada!,- exclama la anciana;- ¡muévete un poco, hija, para que este señor pueda verte!"

CARLOS MANUEL FERNANDEZ-SHAW

-En la puerta de la estancia aparecen el viejo Santaló y Momo, que se ha unido a él, atraído por un interés, que no parece sino curiosidad.

-La enferma no se mueve, a pesar de las recomendaciones de la tía María. Esta insiste: -"¡Vamos, criatura! Verás cómo te va a curar como por ensalmo". Y coge a la chica por un brazo, procurando levantarla.

-"¡Now me dá la gana!",-dice Mariana, desprendiéndose de la mano que la retiene con una fuerte sacudida. Gesto de preocupación y disculpa del padre. Momo, que está su lado y ha presenciado la escena, le espeta a Santaló: -"Tan suavita es la hija como el padre." El pescador apenas entiende: -"¿Qué quieres decir?" -"Que quien lo hereda, no lo hurta". La tía María agrega, conciliadora: -"Como está mala, está mal templada".

-Un golpe de tos resuelve la situación; porque la pobre chica se ve obligada a incorporarse y sentarse en la cama. Mientras que tose, la tía María comenta: -"Un resfriado. Eso no es cosa del otro jueves".

-Stein aprovecha para auscultar, por la espalda, a la muchacha; la cual, ya ven

cida, sospecha que la sigan examinando.

- "Se consume de mal alimentada", - comenta entre tanto la anciana. - "Se consume y morirá de mal mandada", opina Momo.

- Marisalada ha oído al muchacho y le lanza una irada de reproche y picardía.

Pero el médico le dice suavemente: - "No te morirás, porque vas a ser buena". La chica entonces, - con una transición natural, - mira enternecida a Stein.

- El propio médico cuida y arroja a la enferma cuando vuelve ésta a acostarse.

Luego dice Stein en voz alta: - "Es un caso de debilidad por falta de alimentos y vida descuidada. Hay que impedir que esta niña se exponga a la intemperie..."

- La chica entonces vuelve a su actitud díscolay dice, incorporándose y casi retadora: - "¡Cualquiera me gobierna a mí!" Momo, que está lejos de ella, replica rápido: - "No me dieran a mí más trabajo que ese... y una varita de azebuche".

- El doctor echa un brazo sobre un hombro de Momo y lo saca de la alcoba, no sin que antes vuelva éste la cabeza para ver el efecto que su frase ha hecho en Marisalada. Esta se limita a enseñarle la lengua en señal de desprecio; cosa que también hace Momo, con cómica indignación.

- En la habitación anterior a la alcoba hablan ahora Stein, Santaló y la tía María. El médico dice; - "No es grave; pero necesita mucho cuidado". La tía María no le deja seguir: - "¡Yo me la llevo a casa!" Cara de desolación del viejo marino. Pero la anciana agrega en seguida: - "¿No quiere usted que la salvemos?"

- En el camino que conduce desde la playa al antiguo convento. La tía María, muy satisfecha, va montada en su borrica. Detrás, en otra borrica, Santaló lleva ante sí, envuelta en mantas, - de tal modo que apenas si se le ven los ojos, - a la infeliz Marisalada. Cerrando la marcha, caminan Stein y Momo.

- En el zaguán del convento, Santaló se despide de la tía María y pone en sus manos unas monedas. - "Esto es cuanto tengo: tómelo usted: para ayudarla en su obra de caridad". La anciana rehusa: - "Guarda usted su dinero, que aquí nada ha de faltarle, con la ayuda de Dios". El marino catalán se rasca la cabeza conmovido y responde: - "Entonces... ¡me llevo a mi hija!"

- La abuela le quita las monedas y le empuja riendo hacia la puerta: -"¡Ale!
¡Aquí me quedo con su hija y con su dinero!"
- En cuanto se vé el marino, la anciana vuélvese a su nieto para decirle: -"Ya
estás meneándote; ves al lugar, y tráeme un jamón de en casa del Serrano,
que me hará el favor de dártelo añejeen sabiendo que es para un enfermo;
tráete también una libra de azúcar y una cuarta de almendras..."
- "¡Eche usté y no se derrame!, - exclama Momo entre risotadas; - ¡y piensa usté
que me lo dén fiado?"
- La que ríe ahora es la abuela, que entrega a Momo una de sus monedas: -"¡Toma,
simplón!" Indescriptible rostro del muchacho contemplando, por primera vez
en su vida, una pelucona: -"¡Oro! ¡Pero, si es de ~~XX~~ oro, madre-abuela!"
- En la alcoba de la propia tía María, - hasta ahora desconocida, - es atendida
Marisalada. Al pie de lacama, arrodillada, Dolores la cuida y arregla. Por
la puerta, muy ufana, entra la tía María con un plato humeante: -"¡Vamos
a ver este caldo, que resucita a un muerto!"
- Nueva escena de familia en el zaguán del convento. Se hallan el matrimonio,
o sea Dolores y Manuel, sus hijos y Stein. Falta, únicamente, la tía Ma-
ría. En un rincón, "Merronge", el gato, dormita.
- Llega desde el exterior el Comandante. Como otras veces, Don Modesto trae col-
gada del extremo de un bastón, - al hombro, - una gran pescada envuelta en
hojas de coles. -"A la paz de Dios", - dice el Comandante al entrar. Todos
corresponden a su saludo y disponen un asiento para él. Pero el Comandante
lo rechaza, arguyendo que lleva prisa: -"Me esperan en casa; pero vengo de
ver a Santaló, y le he prometido..."
- "¿Noticias de su hija?", pregunta Dolores. Y añade: -"Y, ¿por qué no viene él
a enterarse y a verla?" El Comandante sonríe: -"Ya conocen ustedes su ca-
rácter..." El gato, en su rincón, ha sentido el tufillo de la pescada y se
despereza.
- Dolores se dirige ahora a Stein: ~~XXXXXXXX~~ -"Dígale usté, doctor, cómo la en-
cuentra. Stein, por toda contestación, se acerca al Comandante y le pre-
gunta: -"¿Quiere ~~XXXX~~ pasar a verla?" Y, volviéndose a la buena mujer: ~~XX~~
- "Pregunte usted, Dolores, si podemos pasar".
- Dolores se encamina hacia la alcoba seguida por los dos caballeros. Cuando la
pescada, colgada del bastón del Comandante, pasa ante los ojos del "Mo-

rrongo", éste dá un gran salto para atraparla; cosa que no logra, quedándose chafado al ver que la puerta de la alcoba se cierra tras el Comandante. Ni éste ni Stein se han dado cuenta de lo ocurrido.

-En el interior de la alcoba. Marisalada, sentada en la cama y con un espejito delante, un aguamanil y unas toallas, se está acicalando. A su lado, la tía María la llena de besos. Y es la vieja la que toma la palabra. -"Dígale usted al padre de esta saladilla que es un descastado y que aquí tiene una flor muy rebonita esperando que él quiera venir a ver cómo prospera".

-Ante la puerta, por el otro lado, el gato ha montado la guardia en espera de momentos propicios para sus apetencias.

-Los ojos de Marisalada se iluminan. Toda su cara se transforma. -"Dígale usted a mi padre que ese señor doctor es un tirano que no me deja levantar". -"Pero tú,- pregunta el Comandante,- ¿te encuentras mejor?" -"¿Cómo mejor?", pregunta a su vez la chica. Y ella misma se responde: "Yo me encuentro ya tan rebuena; y, si no me levanto es..." La chica se detiene un momento en su explicación. Mira a Stein, y éste ríe y aprueba. Entonces ella sigue: -"Si no me levanto es...porque aquí no hay más remedio que obedecer".

-Todos ríen. El Comandante, con el médico, se vuelve al zaguán. Pero, en cuanto abren la puerta para salir, el RR "Morrongo" se lanza sobre la pescada del Comandante, la atrapa y desaparece con ella entre el holgorio de toda la gente menuda...y del propio Manuel. Este contiene las iras de Don Modesto, que a grandes zancadas pretende perseguir al gato y rescatar su pescada.

-"¡Es inútil, mi Comandante! Sardina que lleva el gato, tarde y nunca vuelve al plato...", dice riéndose Manuel. Y tomando de una alhacena una espléndida perdiz, se la ofrece gentilmente: -"Pero aquí tiene usted a cambio esta desgraciada, que yo he cazado ayer". El Comandante toma la perdiz, dá un abrazo a Manuel y sale disparado hacia el exterior.

-En la celda del Hermano Gabriel,- en la que, desde que llegó Stein, existen dos lechos,- platican el médico y el lego, haciendo altos frecuentes en la lectura de unos libros que tienen ante ellos. Ambos están sentados,

con una mesa de pino en medio. La gran ventana, abierta, de la celda da a un luminoso patio interior. El médico, entornando su libro, exclama con faz placentera: -"¡Ah! ¡Qué bien se está ~~www~~ aquí! ¡Si se pudiese vivir sin pensar en el día de mañana...!" El Hermano le mira un poco sorprendido: -"¿Y qué necesidad tiene usted de pensar en ese mañana?"

-Un gesto de poca convicción de Stein es su primera respuesta. Luego dice: -"El ~~www~~ hombre es un viajero y tiene que mirar el camino".

-No se inmuta el Hermano, y apunta: -"Cierto que el hombre es un viajero; pero si llega a un lugar donde él se encuentra bien y hace felices a los de su alrededor, debe decir, como nuestro Santo: -"Bien estamos aquí. ¡Armemos las tiendas!" A lo que Stein agrega: -"¡Las tiendas! ¿Puedo yo saber dónde y cuándo armaré la mía?"

-Una alegre canción infantil se entra por el ventanal como una bocanada de alegría. Los dos hombres han reanudado su lectura. Suena el canto infantil en toda su pureza. El Hermano y Stein se miran interrogantes. Fray Gabriel aclara: -"Son los niños, que juegan a sus cosas". Pero Stein no se convence: -"Sin embargo, yo juraría..." Se levanta Stein, y el Hermano hace lo propio. Ambos se asoman por la ventana y pueden ver el cuadro que ofrecen los hijos de Dolores y Manuel jugando.

-No se había equivocado el doctor. No todos son niños. Entre los que juegan y cantan en el patio, se halla la alegre Marisalada, que con su vestido nuevo y limpio y su aspecto de salud totalmente recobrada, parece otra. -"Está hecha una mujer", comenta el Hermano. -"Es curioso, curioso...", dice Stein pensativo. -"¿Le sorprende que esté tan contenta, ya restablecida?" Stein mueve la cabeza negativamente: -"Me sorprende el timbre asombroso de su voz". -"Verdad, - confirma el lego; - son esos milagros que hace Dios! Y el doctor: -"Son esas maravillas con que nos sorprende siempre lo auténticamente popular".

-Sigue el juego de Marisalada, - joven, guapa y contenta, - y de los niños. Es uno de esos juegos tan comunes en el siglo XIX en España. Marisalada hace el papel de madre; Pepita, - la niña mayor del matrimonio, - el de un caballero que viene a pedir la mano de su hija. La madre se la niega; el caballero quiere apoderarse de la novia por la fuerza; y todo este diálogo musical

se descompone en coplas.

- Durante todo el número sube de punto la admiración de Stein oyendo el buen estilo de Marisalada cantando.
- Entonces se produce la réplica de otra situación musical anterior. Stein toma la flauta y comienza a modular, siguiendo el ritmo del canto de Marisalada. Pero ésta se calla entonces; los niños la imitan, y todos terminan agrupados en el patio, en torno de Marisalada, mirando con asombro los flortos que, allí en la ventana, hace el médico alemán. Y el comentario lo hace la maravillosa Marisalada: -"¡Una caña de agujeros! ¡Mentira parece!.."
- Por la noche, come la familia en el zaguán del convento. Con la tía María y su descendencia, comen el Hermano Gabriel, Stein y Marisalada. Este se halla al lado de la tía María. -"Es una pena, -dice Stein, - que la voz de esta niña sea descuidada; y que su educación primaria no corra parejas con la de Paquita".

Marisalada se sonroja un poco y dice: "Paquita es una niña y yo soy ya... "El doctor corta la frase: -"¿Qué eres ya? Una borriquita muy guapa y lucida; pero borriquita al fin..."

-Gran risotada de Momo: -¡"Hasta el médico te lo ha dicho, Gaviota"!

-Marisalada, avergonzada y corrida, se pone de pie con intención de retirarse. Stein se levanta también y le dice con sencilla autoridad: -"Te ruego que sigas comiendo. Una broma mía no te puede hacer daño".

-Se sienta otra vez Marisalada, obediente: -"De usted, nada me ~~xxxxxxx~~ hace daño..." Y con una transición, en la que vuelve a aparecer la moza arisca de antes:

-"¡Ha sido ese idiota!", grita señalando a Momo. Este vá a reírse otra vez estentóreamente; pero Manuel, su padre, se ha levantado y lo coge de un brazo, obligándole a salir: -"Anda, rico: en la cuadra me parece que te llaman".

-Todos (menos Momo) sentados en torno de la mesa familiar. Vuelve a hablar Stein: -"Decía que Marisalada y Paquita deben estudiar. Doña Rosita, la maestra de "amiga", podía darles lección; y yo me honraría pagando sus educaciones a Doña Rosita... o a Rosa Mística, como la llaman esa picaronazo de Momo, cuyo perdón solicito de su padre. (Detrás de una puerta, Momo oye estas palabras y hace una mueca picaronesa)

se descompone en coplas.

-Durante todo el número sube de punto la admiración de Stein oyendo el buen estilo de Marisalada cantando.

-Entonces se produce la réplica de otra situación musical anterior. Stein toma la flauta y comienza a modular, siguiendo el ritmo del canto de Marisalada. Pero ésta se calla entonces; los niños la imitan, y todos terminan agrupados en el patio, en torno de Marisalada, mirando con asombro los floreros que, allá en la ventana, hace el médico alemán. Y el comentario lo hace la maravillosa Marisalada: -"¡Una caña de agujeros! ¡Mentira parece!.."

-Por la noche, come la familia en el zaguán del convento. Con la tía María y su descendencia, comen el Hermano Gabriel, Stein y Marisalada. Este se halla al lado de la tía María. -"Es una pena, -dice Stein, - que la voz de esta niña sea descuidada; y que su educación primaria no corra parejas con la de Paquita".

Marisalada se sonroja un poco y dice: "Paquita es una niña y yo soy ya... "El doctor corta la frase: -"¿Qué eres ya? Una borriquita muy guapa y lucida; pero borriquita al fin..."

-Gran risotada de Momo: -¡"Hasta el médico te lo ha dicho, Gaviota"!

-Marisalada, avergonzada y corrida, se pone de pie con intención de retirarse. Stein se levanta también y le dice con sencilla autoridad: -"Te ruego que sigas comiendo. Una broma mía no te puede hacer daño".

-Se sienta otra vez Marisalada, obediente: -"De usted, nada me ~~hace~~ hace daño..." Y con una transición, en la que vuelve a aparecer la moza arisca de antes:

-"¡Ha sido ese idiota!", grita señalando a Momo. Este vá a reirse otra vez estentóreamente; pero Manuel, su padre, se ha levantado y lo coge de un brazo, obligándole a salir: -"Anda, rico: en la cuadra me parece que te llaman".

-Todos (menos Momo) sentados en torno de la mesa familiar. Vuelve a hablar Stein: -"Decía que Marisalada y Paquita deben estudiar. Doña Rosita, la maestra de "amiga", podía darles lección; y yo me honraría pagando sus educaciones a Doña Rosita... o a Rosa Mística, como la llama ese picaronazo de Momo, cuyo perdón solicito de su padre. (Detrás de una puerta, Momo oye estas palabras y hace una mueca picaresca)

- La tía María, que lleva mucho tiempo callada, no puede más y da su opinión:
- "Pues yo digo que Paquita es muy niña aún; y que, si usted quiere que Marisalada domine de una vez su genio y aprenda a ser mujer de provecho, debe tomarla a su cargo Doña Rosita, que es una mujer temerosa de Dios y muy letrada y escribidora"
- Otra vez se enfurruña Marisalada: -"¡Yo no voy a vivir a la "amiga"! ¡O con mi padre o con ustedes!"
- Perep Stein interviene: -"Tú debes hacer lo que te conviene. Doña Rosita, en su casa, te tendrá como a una reina..." Ella, débilmente, se resiste: "¡No quiero!" Y él continúa: -"Y yo iré todas las tardes a divertirme con un poco de música".
- Primer plano del rostro de Marisalada, que pasa de la contrariedad a la satisfacción. Sus ojos miran fijamente a Stein. El médico la mira con paternal solicitud...y Marisalada baja sus hermosos ojos.
- En casa de Doña Rosita. La maestra está dando clase a sus discípulas, que son todas niñas. En un rincón, Marisalada sigue con atención las elementales enseñanzas de la profesora. Puede haber algunos lances cómicos de los que sea Marisalada protagonista o simplemente testigo.
- Alternando con las escenas de la clase, se entabla, en la puerta de la Peluquería del pueblo, un diálogo entre el Comandante y Ramón Perez, el joven oficial del establecimiento. El oficial pregunta: -Y diga usted, mi señor Comandante: ¿es verdad que a la catalanita la quieren educar? ¡Más les valdría domesticar una jaca!"
- El Comandante niega: -"Es que han descubierto que tiene ruseses en la garganta, y quieren que se aficiona a la música". El peluquero, con suficiencia: -"Para eso, que me llamen a mí" -"¿Eres tú músico?" -"¡Mucho más! ¡Soy guitarrista!" -"¡Ah!"
- Breve escena de una comida en la que participan Doña Rosita, el Comandante y Marisalada y en la cual los dos primeros se esfuerzan por ser gratos a la chiquilla, que se muestra desganada y triste.
- Es de noche. En una alcobita, limpia y pequeña, se está acostando Marisalada.
- En otra alcoba, mayor y mucho más severa, se dispone también a acostarse Doña Rosita.
- De pronto, suenan, procedentes de la calle, unos alegres rasgueos de guitarra.

-Marisalada continúa desnudándose para acostarse. Doña Rosita se detiene un momento, complacida y escucha.

-Abajo, en la calle, Ramón Pérez, aferrado a su guitarra, canta:

"¡Vale más lo moreno
de una morena
que toda la blancura
de una azucena!"

ta,
-Doña Rosita ridículamente satisfecha, dibuja en su boca una sonrisa: -"¡Qué tonterías! Se van perdiendo los rasgueos. En su alcoba y en su cama, Marisalada duerme.

-En el comedor, ya conocido, de Doña Rosita, habla ésta con su huésped el Comandante: -"Le voy a pedir un favor, Don Modesto: cuando oiga de noche a este chicharra de Ramón desoñarnos las orejas con su canto, salga a decirle que se vaya con la música a otra parte."

-Cara de extrañeza del Comandante: -"Pues a mí me parece que canta y toca con mucho primer..." No puede disimular la maestra su contrariedad: -"Tendrá usted los oídos a prueba de bomba. Pero, si a usted le gusta, a mí no. Eso de venir a cantar a las rejas de una mujer honrada, no me hace favor ni viene a qué".

-Ha dicho esto Doña Rosita muy convencida. Don Modesto, que se dá cuenta de la falsa situación de la maestra, hace esfuerzos por contener su risa.

-Pero Doña Rosita sigue, muy ufana: -"Hace ya varios días que el peluquerito viene con coplas... ¡Y a mí, no! Si no sale usted, seré yo quien le diga al tal mochuelo que, si se quiere divertir, que compre una mona".

-La alcoba de Doña Rosita, en otra noche. La buena señora ya está acostada. Suenan en la calle los rasgueos y la voz de Ramón Pérez el peluquero:

"Niña, cuando vas a misa
la Iglesia se resplandece:
la yerba seca que pisas,
al verte se reverdece."

-Lo mismo que, en anterior ocasión, vemos al peluquero cantando y acompañándose con la guitarra.

-Doña Rosita, en su alcoba, se está colocando una tercera enagua sobre las dos que ya tiene puestas. Y comenta, oyendo la copla: -"¡Dios nos asista! ¡También me saca a colación la misa en estas coplas profanas!"

-Como siguen los guitarreos, termina Doña Rosita de arreglarse. Se acicala. Se

mira al espejo coquetamente, y exclama: -¡Ahora verá el barbilampión ese!"
-Mientras que llega ella a la sala o habitación mayor y principal de la casa, suena una nueva copla:

"Asómate a esa ventana
y esos bellos ojos abre..."

-Cuando Doña Rosita entra en la sala, se encuentra con Marisalada asonada a la ventana. El respingo que dá es mayúsculo. Vá a arrojarse sobre ella; pero se contiene. Vá a otra ventana, que abre y ve entonces toda la dimensión de su ridículo; entre el guitarrista y Marisalada se ha establecido una comunicación espiritual inevitable: la chica está oyendo embobada al mozo, y éste ve se come a la mozoela con los ojos.

-La copla ha tenido en labios del paluquero su terminación:

"Que me alumbrarás con ellos,
porque está oscura la calle".

-Doña Rosita no puede oír más. Vá rápida a la ventana de Marisalada; toma a ésta por un brazo, retirándola de allí con violencia. La chica, asustada, corre hacia su cuarto. Y cuando Ramón Perez espera, por lo menos, una sonrisa de gratitud de su Musa inspiradora, se encuentra con la cara colérica y la voz agria de la maestra, que desde lo alto le grita: -"Yo seré quien te alumbraré con un blandón del Infierno, escandaloso, libertino, ¡profanador!"

-Ramón Perez, en la calle, ha enmudecido del susto. Marisalada, en su alcoba, todavía se ríe después del susto pasado.

-Sigue la risa de Marisalada. Risa franca, simpática, comunicativa.

-Pero la muchacha no está sola ni en su cuarto. En el comedor de Doña Rosita,

-al día siguiente de las escenas relatadas,- se halla Marisalada riendo frente a Stein. Este también ríe con su risa bondadosa y cordial.

-Marisalada le dice: -"¡No tiene usted idea del "paso" de ayer! ¡Jesús y qué lance tan gracioso!". Vuelve a reír; y el alemán,-con su flauta entre las manos,- ríe también encantado.

Poco a poco, Marisalada vá contando al médico lo sucedido en la noche anterior.

Poco a poco también, mientras que ella vá hablando,-entrecortado el cuento con risitas,- vá cambiando la fisonomía de Stein: primero, cuando ella le dice que quien cantaba abajo era Ramón Perez; luego, cuando